

*Palmas de luz que sobre las cabezas, aladas,
mecen el brillo de la brisa y suspenden
por un instante labios celestiales que cruzan
con destino a las islas remotísimas, mágicas,
que allá en el azul índigo, libertadas, navegan.*

*Allí también viví, allí, ciudad graciosa, ciudad honda,
Allí, donde los jóvenes resbalan sobre la piedra
amable,
y donde las rutilantes paredes besan siempre
a quienes siempre cruzan, hervidores, en brillos.*

*Allí fui conducido por una mano materna.
Acaso de una reja florida una guitarra triste
cantaba la súbita canción suspendida en el tiempo;
quieta la noche, más quieto el amante,
bajo la luna eterna que instantánea transcurre.*

*Un soplo de eternidad pudo destruirte,
ciudad prodigiosa, momento que en la mente de un
Dios emergiste.
Los hombres por un sueño vivieron, no vivieron,
eternamente fúlgidos como un soplo divino.
Jardines, flores. Mar alentando como un brazo que
anhela
a la ciudad voladora entre monte y abismo,
blanca en los aires, con calidad de pájaro suspenso
que nunca arriba. ¡Oh ciudad no en la tierra!*

*Por aquella mano materna fui llevado ligero
por tus calles ingravidas. Pie desnudo en el día.
Pie desnudo en la noche. Luna grande. Sol puro.
Allí el cielo eras tú, ciudad que en él morabas.
Ciudad que en él volabas con tus alas abiertas.*

Esa ciudad del Paraíso es y no es Málaga. Es algo más que un lugar geográfico localizado. Bien puede entenderse como la ciudad ideal, la del perfecto amor, que nostálgicamente el poeta ubica en su infancia. Allí no existe la precaria dimensión temporal del hombre, está más allá de lo humano. Por eso dice: «pero tú duras, nunca descendes». Ese otro plano definitivamente superior en que la instala es el que le otorga una dimensión metafísica a la ciudad. Dimensión donde también cabe un clima de magia y una atmósfera de fantasía, mediante esas islas que navegan en plena libertad. Es un lugar cuyo origen no es humano, pues emerge de un Dios; vuela, se integra y confunde con el cielo para pertenecer, en forma definitiva, a una realidad más amplia y más alta que la sensible.

El Paraíso ideal es el de la Creación primitiva, el de la aurora virginal del mundo, donde prácticamente no existe el hombre real;

de ahí que quienes lo habiten sean esos míticos seres angélicos que él llama Criaturas de la Aurora y donde la virginidad de la creación se da en el éxtasis de la Naturaleza.

Pero el poeta cree permanentemente en el hombre y hay seres que sí pueden poblar su creado o evocado Paraíso, y son los seres elementales, puros, verdaderos, que él llama *Hijos de los campos*:

*Vosotros los que consumís vuestras horas
en el trabajo gozoso y amor tranquilo pedís al mundo,
día a día gastáis vuestras fuerzas, y la noche benévola
os vela nutricia, y en el alba otra vez brotáis enteros.*

*Verdes fértiles. Hijos vuestros, menudas sombras
humanas: cadenas
que desde vuestra limitada existencia arrojáis
—acaso puros y desnudos en el borde de un
monte invisible— al mañana.
¡Oh ignorantes, sabios del vivir, que como hijos
del sol pobláis el día!*

*Musculares, vegetales, pesados como el roble, tenaces
como el arado que vuestra mano conduce,
arañáis a la tierra, no cruel, amorosa, que allí en
su delicada piel os sustenta.
Y en vuestra frente tenéis la huella intensa y cruda
del beso diario
del sol, que día a día os madura, hasta haceros oscuros
y dulces
como la tierra misma, en la que, ya colmados, una
noche, uniforme vuestro cuerpo tendéis.*

*Yo os veo como la verdad más profunda,
modestos y únicos habitantes del mundo,
última expresión de la noble corteza,
por la que todavía la tierra puede hablar con palabras.*

*Contra el monte que un lujo primaveral hoy lanza,
cubriéndose de temporal alegría,
destaca el ocre áspero de vuestro cuerpo cierto,
oh permanentes ojos de la tierra crasa,
donde lentos os movéis, seguros como la roca misma
de la gleba.*

*Dejad que, también, un hijo de la espuma que bate
el tranquilo espesor del mundo firme,
pase por vuestro lado, ligero como ese río
que nace de la nieve instantánea y va a morir al mar,
al mar perpetuo, padre de vida, muerte sola
que esta espumeante voz sin figura cierta espera.*

*¡Oh destino sagrado! Acaso todavía
el río atraviere ciudades solas,
o ciudades pobladas. Aldeas laboriosas,
o vacíos fantasmas de habitaciones muertas:
tierra, tierra por siempre.*

*Pero vosotros sois, continuos,
esa certeza única de unos ojos fugaces.*

y que constituye un verdadero anticipo de su piadosa visión del hombre en su dramática dimensión real y social.

Lo humano se da identificado con la Naturaleza o proyectado por ella. Así se percibe a esos «hijos de los campos» o a otro elemento humano que aparece como

un muchacho desnudo cubierto de vegetal alegría

Dice Leopoldo de Luis que *Sombra del Paraíso* es un libro triste, pues es la elegía de una frustración: lo que el hombre no llega a ser en un mundo hermosísimo. Es la voz de un solitario, un exiliado en su propia tierra. Cuando casi todos sus compañeros de generación se habían exiliado o estaban muertos, como Federico García Lorca, él recreaba un mundo ideal, un cómo debería ser el mundo.

Vicente Aleixandre forma la contrapartida de la España peregrina, aquella en la que continuaron trabajando duramente y que el crítico ha llamado la España silenciosa.

El humanismo que se vislumbra en el final de *Sombra del Paraíso* se plasmará nítidamente en su obra posterior.

Dámaso Alonso sostiene que el libro mencionado es un libro de aspiración y de nostalgia, no de realidad. Un libro, diría yo, de ilusión, como la ilusión de todos los seres que aspiran a otra realidad más noble, como el Quijote, o aún también la ilusión de un Sancho o una Teresa Panza.

Pero si el amor es una proyección del Paraíso, también es una forma simulada de la plenitud. Al comprobar esto no hay en el poeta desesperación, sino serenidad. Pues si el amor es efímero o insuficiente, de todas maneras sólo este sentimiento redime al hombre de la miseria y sequedad de este mundo.

Por eso la fusión de nuestro ser con la tierra, si bien entronca con la idea de la desintegración del ser por el amor, como proclamaba en *La destrucción o el amor*, constituye la única posibilidad de la total realización del ser, pues todo lo demás son insuficientes,

aunque estimulantes y vivificantes simulacros. Así lo dice en «No basta»:

*Pero no basta, no, no basta
la luz del sol, ni su cálido aliento.
No basta el misterio oscuro de una mirada.
Apenas bastó un día el rumoroso fuego de los bosques.
Supe del mar. Pero tampoco basta.*

*En medio de la vida, al filo de las mismas estrellas,
mordientes, siempre dulces en sus bordes inquietos,
sentí iluminarse mi frente.
No era tristeza, no. Triste es el mundo;
pero la inmensa alegría invasora del universo
reinó también en los pálidos días.*

*El cielo alto quedó como vacío.
Mi grito resonó en la oquedad sin bóveda
y se perdió, como mi pensamiento, que voló desha-
ciéndose,
como un llanto hacia arriba, al vacío desolador, al
hueco.*

*Sobre la tierra mi bulto cayó. Los cielos eran
sólo conciencia mía, soledad absoluta.
Un vacío de Dios sentí sobre mi carne,
y sin mirar arriba, nunca, nunca, hundí mi frente en
la arena
y besé sólo a la tierra, a la oscura, sola,
desesperada tierra que me acogía.*

*Todavía quisiera, madre,
con mi cabeza apoyada en tu regazo,
volver mi frente hacia el cielo
y mirar hacia arriba, hacia la luz, hacia la luz pura,
y sintiendo tu calor, echado dulcemente sobre tu
falta,
contemplar el azul, la esperanza risueña,
la promesa de Dios, la presentida frente amorosa.*

*¡Qué bien desde ti, sobre tu caliente carne robusta,
mirar las ondas puras de la divinidad bienhechora!
¡Ver la luz amanecer por Oriente, y entre la aborras-
cada nube preñada
contemplar un instante la purísima frente divina destellar,
y esos inmensos ojos bienhechores
donde el mundo alzado quiere entero copiarse
y mecerse en un vaivén de mar, de estelar mar entero,
compendiador de estrellas, de luces, de soles,
mientras suena la música universal, hecha ya frente
pura,
grandioso amor, luz bella, felicidad sin bordes!*

*Así, madre querida,
tú puedes saber bien —lo sabes, siento tu beso secreto
de sabiduría—
que el mar no baste, que no basten los bosques,
que una mirada oscura llena de humano misterio,
no baste; que no baste, madre, el amor,
como no baste el mundo.*

*Madre, madre, sobre tu seno hermoso
echado tiernamente, déjame así decirte
mi secreto; mira mi lágrima
besarte; madre que todavía me sustentas,
madre cuya profunda sabiduría me sostiene ofrecido.*

El poeta ve el amor posible en esa integración con la tierra mítica, con Gea, pero también nos dice de su insaciable sed de absoluto, de pureza, y siente que nada puede mitigar esa sed, ni aun los efímeros destellos del amor ni el nostálgico, luminoso paraíso.

Esa madre invocada en el poema puede señalar a la vez un anhelo permanente de regreso a la tierra, madre mítica, pero también puede, a través de esa asordinaada queja, una muestra del desvalimiento y permanente orfandad del hombre en tanto permanezca encerrado en los límites de su egoísta individualidad. El hombre alcanzará su reconocimiento, dice Vicente Aleixandre en el «nosotros», y para el nosotros es previo esa pareja humana que se transforma en intemporal y eterna. Dice:

*sobre un fondo purísimo de silencio absoluto
la pareja en la noche
aquí está o aquí estaba o estará o aquí estuvo*

La obra poética de un autor genuino se va ampliando y modificando y forman las sucesivas etapas un todo orgánico, con sus inevitables cambios, ya que esto no significa en modo alguno la simplicidad de la línea recta, ya que el artista, como el hombre que es, ha de registrar los vaivenes de la historia en que vive y los de su propia historia.

Es bajo este aspecto que vemos evolucionar y proyectarse la idea vertebral que sustenta la obra de Aleixandre: el amor.

En aquella primera época que llamamos del amor cósmico, el poeta veía al hombre, es decir, al amante como parte integrante de la naturaleza amorosa. Por eso los únicos seres cercanos a la perfección, sostiene Bousoño, eran los seres elementales, como aquellos «hijos de los campos» o como los amantes.

Pero desde el libro *Historia del corazón* el poeta se entrega a contar la historia sencilla y mínima del hombre en su real dimensión, ya no la cósmica ni la paradisíaca, sino la cotidiana, donde el amor sufre la dualidad dramática de su posibilidad e imposibilidad en el plano puramente humano, como vemos en «Mano entregada»:

*Pero otro día toco tu mano. Mano tibia.
Tu delicada mano silente. A veces cierro
mis ojos y toco leve tu mano, leve toque
que comprueba su forma, que tienta
su estructura, sintiendo bajo la piel alada el duro
hueso
insobornable, el triste hueso adonde no llega nunca
el amor. Oh carne dulce, que sí se empaña del amor
hermoso.*

*Es por la piel secreta, secretamente abierta, invisiblemente
entreabierta,
por donde el calor tibio propaga su voz, su afán dulce,
por donde mi voz penetra hasta tus venas tibias,
para rodar por ellas en tu escondida sangre,
como otra sangre que sonara oscura, que dulcemente
oscura te besara
por dentro, recorriendo despacio como sonido puro
ese cuerpo, que ahora resuena mío, mío poblado de
mis voces profundas,
oh resonado cuerpo de mi amor, oh poseído cuerpo,
oh cuerpo sólo sonido de mi voz poseyéndole.*

*Por eso, cuando acaricio tu mano, sé que sólo el
hueso rehúsa
mi amor—el nunca incandescente hueso del hombre—.
Y que una zona triste de tu ser se rehúsa,
mientras tu carne entera llega un instante lúcido
en que total flamea, por virtud de ese lento contacto
de tu mano,
de tu porosa mano suavísima que gime,
tu delicada mano silente, por donde entro
despacio, despacísimo, secretamente en tu vida,
hasta tus venas hondas totales donde bogo,
donde te pueblo y canto completo entre tu carne.*

La morosidad, la lentitud del ritmo del poema, son expresivas de la dificultad del definitivo y posible encuentro humano, aunque cuando éste parece producirse el poeta prorrumpirá en alborozado canto.

Frente a esa dificultad, Vicente Aleixandre muestra la otra, quizá única posibilidad del amor, y es su dimensión universal, donde el hombre, para reconocerse y encontrarse, habrá de fusionarse con su especie, con la entera Humanidad en actitud de abierta solidaridad